

nuestra oracion sea accepta al Altísimo. Así lo entendieron los santos, y no podian entenderlo de otra manera, habiéndolo tan abiertamente declarado el arcángel Rafael.

Pero aún no tienen fin las lecciones de tal maestro. *La limosna*, añade, *libra de la muerte, borra los pecados, y nos alcanza la misericordia y vida eterna.* Qué consuelo para ti, ó justo! ¿te hallas por ventura oprimido con el peso de tus pecados? Hé aquí los pobres, que borrarán, si tú quieres, tus pecados: con solo alargarles la mano, quedarán tus culpas sepultadas en olvido. No es preciso emprendas grandes penitencias, ni largas peregrinaciones; con solo socorrer á estos infelices que cada día acuden á tus puertas, verás renacer sobre tu alma la luz clara de la gracia, derramar sobre ti las misericordias del Señor y alcanzar algun dia la posesion del sumo Bien. Oh, qué efectos tan admirables causa la limosna! y ¿quién será tan insensato que no los quiera para su alma?

Ó gran Rafael! vos sois el que habéis de imprimir en nuestro corazon vuestras lecciones, y hacer que las practiquemos; y si alguna vez nuestro corrompido corazon da oídos á objetos vanos y halagüeños, entónces interponéd mas que nunca vuestro patrocinio, purificándolo de sus afectos. Guardád á nuestra alma de toda culpa, y defendédla de los asaltos del comun enemigo: protegéd con especialidad al noble corazon que os consagra estos cultos; y á estas vírgenes santas, que atraidas del suave olor de su Esposo se han recogido en este santuario; infundíles vivos deseos de la virtud, amor ardiente al retiro, y una santa confianza en el que lo puede todo; porque logrando ellas y nosotros vuestra asistencia en la hora de la muerte, pasemos á gozar de Dios en vuestra compañía por eternidades de siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

OBLIGACION DE AMAR Y DE MORIR, SI FUERA NECESARIO, POR DIOS.

In fide vivo filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.

Epist. ad Galat. c. 2. v. 20.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí. Así hablaba el apóstol san Pablo y con estas sencillas palabras se excitaba á sí mismo á arrostrar con gusto los peligros, los tormentos, las cárceles, la muerte... *Vivo en la fe del Hijo de Dios.* Ya no vive en mí el hombre carnal y esclavo del pecado, tengo en mí sin merecerlo la fe del Hijo de Dios, y Jesucristo me anima, Jesucristo me alienta y me conforla; Jesucristo es el manantial y principio de mi vida, Jesucristo disipa las tinieblas de mi espíritu y me llena de todas sus gracias. De nada soy capaz por mí solo; pero todo lo puedo, á todo me atrevo, nada hay imposible para mí con la fe del Hijo de Dios que me amó y dió su vida por mí.

Este ha sido tambien el lenguaje de los mártires y de todas las almas justas, y estas palabras de gracia y de virtud dan abundantemente á todas sin distincion de sexos ni edades la fortaleza en los tormentos, la alegría en los trabajos, el triunfo en las peleas, y la corona en los triunfos. *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.* ¿En dónde sino aquí pudo hallar una jóven delicada, rica, noble, hermosa, criada en el regalo y las caricias de sus padres, la invencible

vírgen y mártir santa Águeda cuya memoria celebráis con tanto fervor y regocijo en este dia, en dónde, digo, pudo hallar el valor, la fortaleza, la constancia y heroismo con que se hizo superior á las astucias, á las lisonjas, á los placeres mas seductores, á los tormentos mas horrorosos, á los enemigos mas fuertes y temibles? ¿En dónde pudo hallar aquella ciencia saludable con que supo perderlo todo y sacrificarse á sí misma en un martirio de los mas crueles, aquella ciencia con que respondió victoriosamente á sus jueces y verdugos y supo labrarse la corona del triunfo, sino en la virtud que dan al alma estas consoladoras palabras: *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y que murió por mí?* Este es el libro donde adquiere su ciencia. En la meditacion de estas sencillas palabras aprende á formar sus resoluciones y á darlas una fuerza invencible y divina: *Vivo en la fe del Hijo de mi Dios, y nada será capaz de apartarme de esta fe.* Este Señor me amó, y yo debo amarle tambien: él se entregó á la muerte por mí, y yo debo sufrir tambien la muerte por él.

¡Que discurra cuanto quiera la impiedad y que se pierda en sus cálculos y sofismas para desbaratar si pudiera la fe del hijo de Dios! ¡Que cierre sus ojos el libertinaje y la licencia y que aparte su vista cuanto pueda de la luz clara y vivificante de la fe para que no le atormente, y para conseguir, si puede, el vivir sin remordimientos ni inquietudes!... A todos confunde y hace enmudecer el sencillo discurso de esta ilustre vírgen. Discurso en que está compendiada toda la moral del cristianismo y todas las obligaciones del alma que vive en la fe del Hijo de Dios. « Obligacion de amar á su Dios: obligacion de morir si « fuera necesario por su Dios. » Esta fué la obra grande y perfecta de los pocos años de santa Águeda vuestra protectora y abogada. Procuraré manifestarlo y á esto reduciré su elogio confundiendo con su ejemplo nuestra poca fe, nuestra tibieza y frialdad, nuestras excusas y pretextos con que quisiéramos amar á Dios sin dejar de amarnos á nosotros mismos, sin desasirnos de nuestros afectos corrompidos, de nuestros intereses, de nuestras comodidades y regalos, de nuestros deleites y pasatiempos, aquella ciencia terrena con que escuchamos á nuestro amor propio y aprobamos nuestras resoluciones tímidas y criminales, cohonestando el resolvernos contra Dios cuando la fe exige de nosotros un sacrificio costoso.

Ayudádme, Señor, y fortalecédme con vuestra gracia comunicando á mis frias palabras el calor de vuestras inspiraciones divinas, con que encendidos mis oyentes en vuestro amor, se propongan por modelo de su conducta y de su fe á la esclarecida santa Águeda. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra madre saludándola con el ángel. *Ave Maria.*

In fide vivo.

El justo, dice el Apóstol, vive de la fe, no porque la fe sea lo bastante para ser justos, sino porque esta nos da á conocer á Dios, nos instruye en la obligacion de amarle, nos enseña los caminos y medios de llegar á él, de entregarnos todos á él, de sacrificarnos por él, que es en lo que consiste la vida del justo. ¡Infeliz aquel que habiendo recibido la fe no da frutos de salud y de vida eterna! ¡Infeliz aquella tierra dura y sin jugo que recibiendo la semilla la deja secar con los rigores de la estacion, ó la sofoca con los abrojos y espinas que produce! Mas criminal será que los infieles, el que habiendo conocido á su Dios no le ha servido y glorificado como á su Señor. Para mayor tormento y condenacion le servirá el vivir en la fe, al que no la acompaña con buenas obras, porque sin estas su fe es muerta, y no todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos. Santa Águeda recibió del Señor el don inestimable de nacer de unos padres cristianos, y de recibir en su infancia el santo bautismo y en su niñez una educacion propia y correspondiente á unos padres virtuosos. Vivió en la fe, pero no en una fe que se recibe sin agradecerla ni estudiarla, no en una fe que no se quiere conocer ni profundizar, no en una fe muerta que jamas se tiene presente ni se toma por regla para obrar; su alma á la manera de una tierra bien preparada y dispuesta segun la expresion del divino Salvador, recibe la semilla de la fe y dándola un jugo saludable, con su contemplacion y estudio da muy pronto un abundante fruto de buenas obras, de resoluciones, de propósitos.... ¡Dádme, Señor, decia como el Profeta real, dádme vuestra inteligencia para conocer vuestra ley y para que meditándola me aplique de todo corazon á observarla!

La falta de esta fe, hermanos míos, es el origen de nuestras desgracias. Tenemos la fe; recibimos este don precioso en el

bautismo, pero esta fe ¿nos prestará la vida eterna? Un estudio muy lijero de la ley de Dios, un catecismo que cuando niños se aprende á la lijera en la escuela y que no se vuelve á tomar en las manos en saliendo de ella, á esto se reducen por lo regular todos los conocimientos y toda la educacion en la fe que dan los padres á sus hijos. Con unos conocimientos tan imperfectos y escasos, ¿cómo se han de cumplir los deberes de cristiano? ¿Si estos se ignoran, si engolfados en los afanes de la vida, en los intereses del mundo, en los desahogos impetuosos de la juventud, en los cuidados del matrimonio y en los achaques de la vejez, de todo se cuida ménos de contemplar en la fe y meditar la ley de Dios?

Quiero que se oigan algunas explicaciones de doctrina, algunos sermones, que se lean tambien algunos libros piadosos y de instruccion cristiana. ¿pero se me podrá negar la distraccion, el poco cuidado é interes con que se oye y aún me atrevo á decir, el poco crédito que se da á los ministros del Señor en unos tiempos en que se hace gala de pasar por incrédulos, y se vocifera con descaro que los sacerdotes hablan y sostienen la fe por sus miras y sus intereses temporales? ¿Se me podrá negar, aún siendo demasiado indulgente, que se oye la doctrina como si no se oyera, que no se medita ni contempla en la fe, que aunque se viva en la fe, no se quiere alimentarse y vivir de la fe?

Tal vez se hallan tambien por desgracia, hombres que hablan con frecuencia de las verdades eternas de la fe, de las verdades santas que los atormentan y aflijen á su corazon, porque no los deja correr sin remordimiento á los deleites que la fe reprueba. No faltan hombres que estudian la fe que han recibido, pero para hallarla culpable ó falsa y desterrarla del mundo si les fuera posible; para hallar contradicciones en ella, que no tiene; para ponderar sus preceptos como imposibles, no siéndolo en manera alguna; para declamar que sus misterios son incomprensibles y oscuros, sus prácticas ridículas, su moral demasiado rígida... Harta verdad es que se oyen con ansia y con cierta complacencia los discursos y escritos de hombre perversos, ministros de Satanas, de los que llaman espíritus fuertes y despreocupados, porque habiendo desterrado de su alma la fe y endurecido su corazon á los impulsos de la gracia, se quieren aquietar en sus vicios y persuadirse y empeñarse en

persuadir á los demas que ni hay gloria, ni infierno, ni premios, ni tormentos, ni mas vida que la presente, y que todo el aparato de nuestra santa fe y religion revelada es una falsedad, una invencion de los hombres que solo sirve para engañar á los ignorantes y cobardes. No es de este lugar el contradecir á semejantes impiedades y blasfemias, ¡qué digo! Confundidas y contradichas quedan todas con deciros que todas nacen y provienen de la falta de fe, y de estudio de la fe.

Santa Águeda vivió en la fe, estudió y contempló la fe, ¡Ah Señor, que es imposible el conoceros y no amaros! que no negáis nada al que todo lo busca y estudia en vos con rectitud de corazon! En la fe y contemplacion de la ley del Señor aprendió lo que todos debiéramos aprender, la obligacion de amarle, de servirle, de ser honesta, virtuosa, humilde, retirada; aquí aprendió á no buscar cavilaciones y pretextos para desentenderse de una ley que contradice y repugna á nuestros apetitos y deseos carnales, sino á pedir los auxilios y las gracias para cumplirla exactamente, á poner su vista en el premio que el Señor ha preparado para los que le sirven, para animarse y esforzarse á conseguirle, aquí aprendió á amar de todas veras á su Dios y á decir resueltamente con el Apóstol: ni la tribulacion, ni la angustia, ni la persecucion, ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni los peligros, ni la muerte me separarán del amor de mi Dios y mi Señor: aquí aprendió á ser santa y adquirió aquel heroismo con que supo triunfar de todos sus enemigos, porque tales son los frutos que el Señor concede al que vive en la fe y medita con un espíritu recto y sumiso la ley de un Dios que nos amó y se entregó á la muerte por nosotros. Tales son los frutos de una fe pura, humilde y animada del amor divino.

Alimentada con las dulzuras de la divina contemplacion, en vano es buscarla en las concurrencias, en las diversiones y espectáculos del mundo. Su nobleza, los abundantes bienes de sus padres, su juventud, su hermosura, todo parece que la convida á entregarse á los placeres y festejos que el mundo tiene por inocentes y necesarios; pero sabe muy bien que en ellos peligrá el pudor, perecen los propósitos mas firmes, y que es muy fácil el caer al que no huye de las tentaciones y peligros; ha gustado las dulzuras de su Dios, y ya la son desabridos todos los deleites engañosos del mundo. En el retiro, en el recogimiento, en

la contemplacion de las verdades de la fe es donde halla sus delicias y donde alimenta su virtud; allí suspira por conocer y amar á su Dios, y pone su gloria en ser ignorada y desconocida del mundo. El mundo sin embargo no puede ménos de hacer justicia á su mérito. Apénas era conocida en Catánea, ciudad de Sicilia donde residia, y era pública por toda la provincia su virtud, su honestidad, su hermosura. Jóvenes cristianos y distinguidos aspiraron á tomarla por esposa. Las promesas, las comodidades y regalos, las esperanzas que ofrece el mundo en un matrimonio brillante, todo lo supo despreciar, porque estimaba en mas el amor de su Dios y le habia ofrecido como prueba de su amor su perpetua virginidad.

Un enemigo mas fuerte y poderoso la quedaba que vencer, un enemigo que podia llenarla de honores y comodidades, y que podia disponer tambien de su vida y de su muerte. Quinciano, gobernador de Sicilia, enemigo y perseguidor de los que profesaban la fe de Jesucristo, se resolvió á pedirla por esposa y la mandó venir á su presencia. ¡A qué pruebas tan duras, Señor, ponéis á las veces á vuestros escogidos! ¡Cuántos varones que han sabido ser fuertes en el retiro, en la austeridad, en la persecucion y los tormentos flaquean puestos en los honores, y se rinden á las promesas y recompensas del mundo y de los enemigos de Jesucristo! ¡Qué podrá hacer una jóven pretendida por esposa del mismo gobernador y tirano! Pero habia echado ya profundas raíces la fe en su corazon, y no era posible arrancarla de su alma. Vive en la fe de su Dios que la amó y que murió por ella, y ha resuelto tambien amar y morir por su Dios.

Apénas recibe la órden del tirano, rebosa en alegría su corazon, se llena de gozo y de contento... Qué? Se ha olvidado de sus propósitos? ¿Se ha dejado llevar de la dicha que puede prometerse de un matrimonio tan inesperado? ¿Va á hacer traicion á su Dios, á celebrar sus desposorios con el gobernador? Oigamos su resolucion y el motivo de su gozo de su misma boca: Dios mio, mi esposo y único dueño, le dice al Señor postrada en su presencia ántes de salir de su casa, bien conocidos tenéis mis pensamientos y os está patente mi corazon. Solo vos sois mi dueño, y lo seréis eternamente. Jamas dividiré con otro mi corazon. Dádme el que os ame como vos me amáis y concedéme el sacrificarme por vos, así como vos os sacrificasteis por mi. Veo que la hora de mi sacrificio se acerca: ¡cuántas gra-

cias os doy porque queréis unirme mas íntimamente con vos! Gustosa voy, llena de placer y alegría y con grande confianza en vuestros divinos auxilios.

Se dirige inmediatamente á la casa del gobernador, contemplando en el camino la dicha, que sin merecerlo la concede su Dios, no solo de darla la fe, sino de escogerla para morir en su defensa, y resolviéndose á arrostrar todos los tormentos ántes que faltar á su Dios. Si algo padece su corazon, es porque se la hacen demasiado largos los momentos que tarda en empezar á padecer y morir por Jesucristo.

Observemos, hermanos míos, que la fe de santa Águeda no admite dilaciones ni excusas. Conoce bien que la muerte ó la apostasia la espera en la casa del tirano; pero ¿duda en la eleccion? ¿Busca esugios, pretextos y razones; consulta, como solemos nacer nosotros en casos de conciencia que no son del agrado de nuestros apetitos, hasta hallar consejeros á nuestro gusto, condescendientes y conciliadores á título de no sufrir la mas leve tribulacion? ¿No es verdad que nuestras resoluciones, nuestros esfuerzos y propósitos caen por tierra á las primeras amenazas, y que se nos puede decir con el Apóstol, que hasta ahora no hemos resistido el pecado hasta derramar la sangre? Ah! Que si fuera nuestra fe tan viva y animada como la de santa Águeda, si en nuestras tentaciones y peligros consultásemos con nuestro corazon y con nuestro Dios, despreciando los consejos y cavilaciones de la prudencia y sabiduría humana, seríamos tambien fuertes é invencibles.

Hace Quinciano presentes sus deseos á santa Águeda; con su vista, se enciende mas y mas en el fuego de su amor carnal, no tiene aliento para mostrarse severo, y espera que el tiempo y la astucia la reduzcan. ¡Cuánto no sufriría su honestidad, su recato, su pudor y su paciencia en un mes que estuvo entregada á una mujer corrompida y seductora! ¡Con cuánto esfuerzo no ayudaría el enemigo comun del género humano á derribar la constancia y fortaleza de una jóven de veintiun años, sola, halagada de cuanto pudiese desear y en poder de sus enemigos! Sabia muy bien este hombre impío, así como los de todos los tiempos, que el medio mas poderoso y el camino mas corto para hacer perder la fe, es corromper el corazon: al que se entrega á los deleites de la carne, al hombre animal que pone todo su apetito en los placeres sensuales, le falta muy poco para empe-

zar á ser incrédulo ; desde luego empieza á detestar en su corazon una fe que le arguye y le condena ; huye de la ciencia de los caminos de su Dios, cierra sus oídos á las inspiraciones que le atormentan, procura en vano acallar sus remordimientos en diversiones y placeres cada día nuevos, hasta que cansado al fin de batallar se resuelve á no creer, para vivir con desenfreno.

Observád la conducta de los maestros de la impiedad, de los mas incrédulos y obstinados, y hallaréis, que no abandonaron su fe con sus primeros extravíos, que no han llegado á tal extremo de obcecacion y miseria, sino despues de haber corrompido su corazon enteramente, y haberse echado á beber de bruzes en el cieno de las torpezas. Observád, que si hay muchos impíos é incrédulos en el mundo, es porque hay muchos pecadores licenciosos, que quisieran eternizarse en el pecado y cometerle impunemente.

Conocia muy bien Quinciano que logrando seducir y arrastrar á la torpeza á esta hermosa jóven, conseguiria tambien despojarla de su fe, y alcanzaria un doble triunfo. Pero el triunfo quedó por santa Águeda. Todas las astucias y artes diabólicas fueron inútiles, nada pudieron con una jóven arraigada en su fe, y aquella infame mujer vino en fin á confesarse vencida y á decir al gobernador que trabajaba en vano con una doncella tan cristiana. Al odio tan encarnizado que tenia este tirano contra todo el que creía y adoraba á Jesucristo, se aumentó el furor y despecho de verse burlado y sin esperanza de lograr sus deseos. Impaciente, colérico, y respirando venganzas, hace venir á santa Águeda á su presencia, y esta santa criatura corre gustosa á sufrir nuevos tormentos, dando gracias á su Dios porque la ha hecho digna de padecer. No medita, ni discurre lo que ha de responder, porque sabe muy bien que prometió Jesucristo poner en la boca de sus siervos palabras llenas de sabiduría, á que no serian capaces de responder todos los enemigos.

La pregunta por su nombre y linaje, la reprende el ser cristiana, y ella no se detiene en decirle que tiene toda su gloria en ser esclava de Jesucristo. La manda que sacrifique á los dioses del imperio, la amenaza con furor, la ruega tambien con ternura disimulando su coraje, la pone á la vista los tormentos que la esperan; una, otra y otra vez la hace conducir al encierro y volver á su presencia, como esperando una resolucion favorable; cansado su sufrimiento, hace descargar en su deli-

cado cuerpo los tormentos mas inauditos y crueles; bofetadas, azotes, garfios, uñas de hierro, planchas de metal encendidas, la atrocidad tan repugnante á la misma naturaleza de cortarla los pechos, todo era poco para saciar su rabia y encono. ¡ Vos, Señor, fortalecisteis el espíritu de vuestra sierva, conservándola tranquila y llena de gozo en medio de unos tormentos tan crueles! ¡ Vos, Señor, parece que os empeñasteis en porfiar y medir vuestro poder con el poder del tirano, y en hacerle ver lo débil y efímero de sus fuerzas! Palabras tenéis de vida eterna, y dicho teniais ya que ni un cabello caerá de la cabeza de un justo sin ser vuestra voluntad; pero ahora quisisteis dar un testimonio público de la fidelidad de vuestras promesas.

Aherrojada santa Águeda para acabar de morir allí despues de sus heridas y tormentos, en un lóbrego calabozo, una luz celestial desterró la oscuridad, el glorioso apóstol san Pedro se dejó ver en medio de él y la curó en el momento, dejándola llena de salud y de consuelos. Aquí tocó en su extremo el furor del infame juez. Aquí empezaron de nuevo las reprensiones, las befas y las amenazas: aquí se inventaron nuevos géneros de tormentos, se prepararon las hogueras, la arrastraron por las ascuas encendidas... No se habia acabado el poder del Señor. Los castigos espantosos que se vieron en aquellos momentos en la ciudad, y la muerte desastrada del tirano publican patentemente que el Señor vela in cesar sobre los suyos y se reserva para sí las venganzas: pero estaba ya consumada la carrera de su sierva, habia guardado su fe, habia conseguido el triunfo, y el Señor la llamó á recibir la corona de justicia. Murió despues de atormentada en el descanso del calabozo, y murió con la muerte preciosa de los santos. Vivió en la fe del Hijo de Dios que la amó y murió por ella, y ella le amó en toda su vida y murió tambien por él. Cumplió con el deber santo que nos impone la fe, de amar y morir si es necesario por nuestro Dios.

Tambien nosotros vivimos en la misma fe y tenemos los mismos deberes. Creemos en nuestro Dios, nos gloriamos de nuestra religion; somos cristianos. Sabemos que ántes de ser padres, esposos, y ántes de todas las demas obligaciones, contrajimos delante del cielo y de la tierra la obligacion de ser cristianos. ¿ Pero dan nuestras obras testimonio de nosotros? ¿ Estamos firmemente persuadidos de nuestra fe? Y si vivimos en la fe como santa Águeda, ¿ nos alimentamos de la fe y estamos dis-

puestos á dar nuestra vida por él? ¿En qué consiste que creéis que Dios es el sumo bien y no le amáis? ¿que es infinitamente justo y no le teméis? que tiene preparada una felicidad eterna y no hacéis diligencias para merecerla? ¿que hay un fuego eterno é inextinguible y no teméis tan terrible castigo? ¿En qué consiste que el mismo Verbo eterno se hizo hombre por nosotros, nos dió su ley y sus sacramentos, y ni la cumplís, ni apreciáis estas fuentes de la gracia? Consiste en que vuestra fe es tibia y está muerta en vosotros, en que no la estudiáis ni meditáis, en que solo sois cristianos en la apariencia, pero sin obras de cristianos ni espíritu de cristianos; creéis que lo hacéis todo con cumplir algunas exterioridades religiosas, con venir alguna vez á la iglesia y estar en ella distraídos y disipados, con rezar algunas oraciones sin fervor y sin atencion, con recibir alguna vez los sacramentos, mas bien por fuerza y por el temor del mundo que por amor á Dios. ¿Os habéis detenido seriamente alguna vez á contemplar que estáis obligados á amar á Dios mas que á todas las cosas, y que todas debéis perderlas ántes que ofenderle? De esta falta proviene el que seáis vencidos á las primeras tentaciones de vuestros enemigos, el que caigáis con frecuencia en el pecado, el que os dejéis arrastrar de los malos ejemplos, conversaciones y escritos, el que en vuestras resoluciones no miréis tanto á vuestra conciencia y á vuestro Dios, como á vuestros intereses y aumentos temporales. Si fuera tan viva vuestra fe; si meditaseis y contemplaseis sus verdades con el espíritu de santa Águeda; si estuviereis tan fuertemente arraigados en la fe del Hijo de Dios como vuestra patrona, le amaríais tambien y daríais vuestras vidas por él.

He aquí, hermanos míos, lo que debéis aprender y á lo que debéis estimularos con el poderoso ejemplo de esa gloriosa santa: ved el obsequio que debéis prestarla y las resoluciones que debéis formar entre los himnos de vuestras alabanzas. He aquí la obligacion que tenéis, puesto que vivís y profesáis la misma fe. Conocéd la causa de vuestras tibiezas, de vuestros pecados y de vuestros excesos, y rogád á vuestra santa que os alcance del Señor una fe viva, una fe alimentada de la caridad y ejercicio de las virtudes, una fe que os disponga á vivir y morir por Jesucristo, y que al fin os dé la entrada en la vida eterna, para que en union con santa Águeda y todos los ángeles y santos alabéis al Señor por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

LA CONFIANZA GRANDE EN DIOS HIZO QUE SANTA ÁGUEDA TRIUNFASE Y VENCIESE LOS MAYORES PELIGROS, Y QUE SE MOSTRASE ESPOSA DIGNA DE JESUCRISTO.

Qui gloriatur in Domino gloriatur.

El que se gloria en el Señor gloriase.

2ª Corint., c. 1. v. 17.

« Que nos alegremos en el Señor, devoto auditorio: que nos alegremos en el Señor celebrando regocijados con los ángeles « la fiesta de santa Águeda, » ha dicho ese ministro de Jesucristo al principiar la misa que interrumpo para excitaros á imitar las virtudes de una doncella noble, rica, hermosa, honesta y adornada de todas las prendas que hacen á una mujer admirable y digna de la memoria de los buenos. Que se llenen de gozo nuestras almas, que nuestros corazones sean inundados del torrente de delicias que se desprende de la gracia, y prorumpamos en cánticos de alegría, y general accion de gracias, es á lo que nos invita la Iglesia al recordarnos la memoria de una santa, que habiéndose gloriado en el Señor, nos señala el camino que debemos seguir para ser temporal y eternamente felices. Que seamos en fin verdaderos devotos de santa Águeda; que alabemos, ensalcemos y glorifiquemos al Dios que nos la

(1) Como por lo general acostumbran á hacer la fiesta á esta santa las mujeres en su dia, se ha compuesto este sermon teniendo presente esta circunstancia.